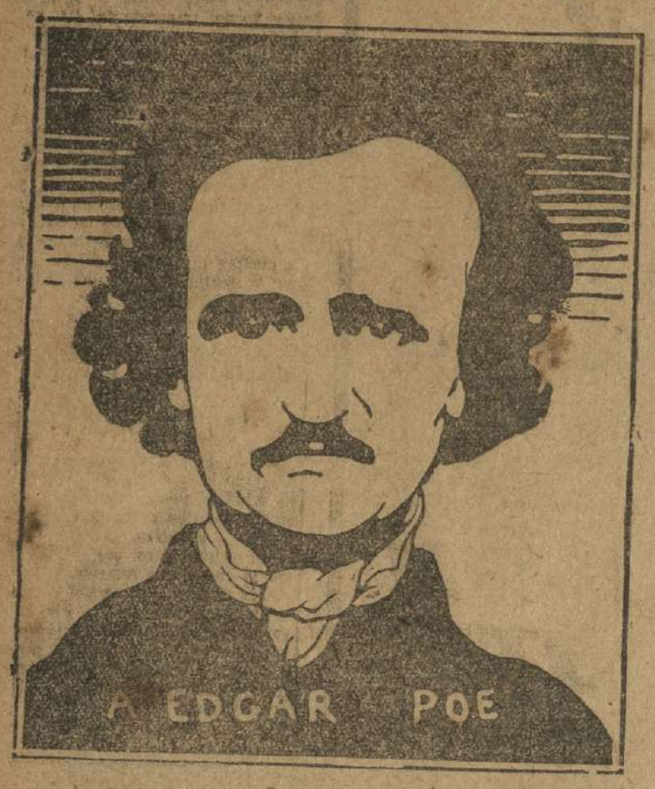
LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELÈGRAFO"

El Corazón delator



Es verdad! Soy muy nervioso, siempre lo fui, pero ¿por qué pretendéis que esté loco? La enfermedad ha aguzado mis sentidos sin destruirlos ni embotarlos. Tenía el oído muy fino: ninguno le igualaba: he escuchado todas las cosas del cielo y de la tierra, y no pocas del infierno. ¿Como he de estar loco? ¡Atención! Ahora veréis con que sano juicio y con que calma puedo referiros toda la historia.

Me es imposible decir cómo me ocurrió primeramente la idea; pero una vez concebida, no pude desecharla ni de día ni de noche.

No me proponía objeto alguno ni me dejaba llevar de una pasión. Amaba al buen anciano, pues jamás me había hecho daño alguno, ni menos insultado; no envidiaba su oro: pero tenía en sí algo desagradable. Era uno de sus ojos, sí, esto es! Asemejábase al de un buitre y tenía el color azul pálido. Cada vez que este ojo fijaba en mí su mirada, helábaseme la sangre en las venas; y lentamente, por grados, comenzó á germinar en mi cerebro la idea de arrancar la vida al viejo, á ver de librarme para siempre de aquel ojo que tanto me molestaba.

¡He aquí el quid! Me creéis loco; pero advertid que los locos no razonan.

¡Si hubiérais visto con que buen juicio procedí, con qué tacto y previsión, y con que disimulo puse manos á la obra. Nunca había sido tan amable con el viejo como durante la semana que precedió al asesinato.

Todas las noches, á eso de las doce, levantaba el picaporte de la puerta y lo abría ¡pero! qué suavemente! y cuanda quedaba bastante espacio para sacar la cabeza, introducía una linterna sorda bien cerrada, para que no filtrase ninguna luz, y alargaba el cuello. ¡Oh! Os hubiérais reido al ver con que cuidado procedía. Movía lentamente la cabeza, muy poco á poco, para no perturbar el sueño del viejo, y necesitaba al menos una hora para adelantarla lo suficiente á fin de ver al hombre echado en su cama. ¡Ah! Un loco no hubiera sido tan prudente. Y cuando mi cabeza estaba dentro de la habitación, levantaba la linterna con sumo cuidado ¡oh! ¡con que cuidado, con qué cuidado! porque la charnela rechinaba. No la abría más de lo suficiente para que un imperceptible rayo de luz iluminase el ojo de buitre, y hecho esto durante siete largas noches, hasta las doce; pero siempre encontré el ojo cerrado y de consiguiente me fué imposible consumar mi obra, porque no era el viejo lo que me incomodaba, sinó su mal de ojo. Todos los días al amanecer entraba atrevidamente en su cuarto y hablábale con la mayor serenidad, llamándole por su nombre con tono cariñoso, y preguntándole cómo había pasado la noche.

Ya veis, por lo dicho, que debía ser un viejo muy perspicaz para sospechar que todas las noches hasta las doce le examinaba durante su sueño.

Llegada la octava noche, procedí con más precaución aún para abrir la puerta: la aguja de un reloj se hubiera movido más rápidamente que mi mano. Mis facultades y mi sagacidad estaban más desarrolladas que nunca, apenas podía reprimir la emoción de mi triunfo.

¡Pensar que estaba allí, abriendo la puerta, poco á poco, y que él no podía ni siquiera soñar en mis actos, ni menos imaginar mis pensamientos secretos! Esta idea me hizo reir, y talvéz el durmiente oyó mi ligera carcajada, pues se movió de pronto en su lecho como si se despertase. Talvéz creéreis que me retiré; nada de eso; su habitación estaba negra como la pez; tan espesas eran las tinieblas, pues mi hombre había cerrado herméticamente los postigos por temor á los ladrones, y sabiendo que no podía ver la puerta entornada, seguí empujándola más, siempre más.

Había pasado ya la cabeza y estaba á punto de abrir la linterna, cuando mi pulgar se deslizó sobre el muelle con que se cerraba, y el viejo se incorporó en su lecho exclamando:

—¿Quién anda allí?

Permanecí inmóvil sin contestar: durante una hora me mantuve como petrificado, y en todo este tiempo no le ví echarse de nuevo: seguía sentado y escuchando, como yo lo había hecho noches enteras.

Pero he aquí que de repente oigo una especie de queja débil y reconozco que era debida á un terror mortal: no era de dolor ni de pena; oh, no!

Era el ruido sordo y ahogado que se eleva del fondo de una alma poseida de espanto. Yo conocía bien este rumor, pues muchas noches, á las doce, cuando todos dormian, le oí producirse en mi pecho aumentando con su eco terrible el terror que me embargaba. Por eso comprendía bien lo que el viejo experimentaba, y compadecíale aunque la risa entreabriese mis labios.

No se me ocultaba que se había mantenido despierto desde el primer ruido, cuando se revolvió en el lecho; sus temores se acrecentaron y sin duda quiso persuadirse de que no había causa para ello; más no pudo conseguirlo. Sin duda pensó:—«eso no será más que el viento de la calumnia ó un raton que corre ó algún grillo que canta». El hombre se esforzó para confirmarse en estas hipótesis, pero todo fué inútil; «era inútil», porque la muerte que se acercaba, había pasado delante de él con su negra sombra envolviendo en ella á su víctima; y la influencia fúnebre de esa sombra invisible era la que le hacía sentir, aunque no distinguiera ni viera nada, la presencia de mi cabeza en la habitación. Después de esperar largo tiempo con mucha paciencia, sin oirle echarse de nuevo, resolví entreabrir un poco la linterna: pero tanpoco, tan poco que casi no era nada; abrila tan cuidadosamente, que más no podía ser, hasta que al fin un solo rayo pálido, como un hilo de araña, salendo de la abertura, proyectose en el ojo del buitre.

Estaba abierto, muy abierto, y yo me enfurecí apenas le miré; ví con la mayor claridad, todo entero, con su color azul opaco, y cubierto con una especie de velo hediondo que heló mi sangre hasta la médula de los huesos; pero ésto era lo único que veía de la cara ó de la persona del anciano, pues había dirigido el rayo de luz como por instinto, al maldito ojo. ¿No os he dicho ya que lo que tomáis por locura es un refinamiento de los sentidos? En aquel momento, un ruido sordo, ahogado y frecuente, semejante al que produce un reloj envuelto en algodón hirio mis oidos. «Aquel rumor, lo conocí al punto, era el latido del corazón del anciano, y aumentó mi cólera, así como el redoble del tambor sobrexita el valor del soldado.

Pero aún me contuve y permanecí inmóvil, sin respirar apenas, y esforzándome en iluminar el ojo con el rayo de luz. Al mismo tempo el corazón latía con mayor violencia, cada vez más precipitadamente y con más ruido. El terror del anciano debía ser indecible, pues aquel latido se producía con redoblada fuerza cada minuto.—¿Me escucháis atentos? Ya os es dicho que yo era nervioso y lo soy en efecto. En medio del silencio de la noche, un silencio tan imponente como el de aquella antigua casa, aquel ruido extraño me produjo un terror indecible.

Por espacio de algunos minutos me contuve aún permaneciendo tranquilo; pero el latido subía de punto á cada instantante; hasta creí que el corazón iba á estallar y de pronto sobrecogióme una nueva angustia! Alguno vecino podía oir el rumor! —Era llegada la última hora del viejo: profiriendo un alarido, abrí bruscamente la linterna y lanceme en la habitación.—El buen hombre solamente dejó escapar un grito: no más uno. En un instante lo arrojé en el suelo, echando sobre él todas las ropas de la cama; y entonces sonreí de contento al ver mi tarea tan adelantada: pero durante algunos minutos el corazón latió sordamente aunque ésta voz ya no me atormentaba, pues no se podía oir á traves de la pared.

Al fin cesó la palpitación, porque el viejo había muerto; levanté las ropas y examiné el cadáver, estaba rígido, completamente rígido; apoyé mi mano sobre el corazón y la tuve aplicada algunos minutos, no se oía ningún latido; el hombre había dejado de existir y su ojo desde entonces ya no me atormentaría más. Si persistis en tomarme por loco esa creencia se desvanecerá cuando os diga que sabias precauciones adopté para ocultar el cadáver. La noche avanzaba, y yo comencé á trabajar activamente, después los brazos, y por último las piernas. En seguida arranqué tres tablas del suelo de la habitación, deposité los rastos mutilados en los espacios huecos, y volví a colocar las tablas tan hábil y diestramente que ningún ojo humano ni aún el suyo hubiera podido descubrir nada de particular. No era necesario lavar mancha alguna, gracias á la prudencia con que procedí. Un barreño lo había absorbido todo. ¡Já, já!

Terminada la operación, á eso de las cuatro de la madrugada, aún estaba tan oscuro como á media noche. ¡Cuando el reloj dió las horas llamaron á la puerta de la calle y yo bajé con la mayar calma para abrir pues ¿qué podía temer yá? Tres hombres entraron, anunciándose cortesmente como oficiales de policía; un vecino había oído un grito durante la noche; ésto bastó para despertar sospechas, envióse un aviso á los oficiales de policía, y los señores oficiales se presentaban para reconocer el local.

Yo sonreí, porque nada debía temer, y recibiendo cortesmente á aquellos caballeros dijeles que yo era quien había gritado en medio de mi sueño; añadí que el viejo estaba de viaje, y conduje á los oficiales por toda la casa invitándoles á buscar, á registrar perfectamente.

Al fin entré en «su habitación», y mostré sus tesoros, completamente seguro y en el mejor orden. En el entusiasmo de mi confianza ofrecí sillas á los visitantes para que descansaran un poco; mientras que yo, con la loca audacia de un triunfo completo, coloqué la mia en el sitio mismo donde yacía el cadáver de la víctima. Los oficiales quedaron satisfechos y convencidos por mis modales; yo estaba muy tranquilo; sentáronse y hablaron de cosas familiares á las que contesté alegremente; más al poco tiempo conocí ¡que palidecía y ansié la marcha de aquellos hombres. Me dolía la cabeza, parecíame que los oídos me zumbaban, pero los oficiales continuaban sentados hablando sin cesar; el zumbido se pronunció más, persistiendo con mayor fuerza: púseme á charlar sin tregua para librarme de aquella sensación, pero todo fué inútil y al fin descubrí que el rumor no se producía en mis oídos. Sin duda palidecí entonces mucho, pero hablaba con más viveza todavía, alzando la voz, lo cual no impedía que el sonido fuera en aumento. ¿Que podía hacer yo? Era un rumor sordo, ahogado, frecuente, muy análogo al que produciría un reloj envuelto en algodón. Respiré fatigosamente; los oficiales no oían aún. Entonces hablé más aprisa, con mayor vehemencia, pero el ruido aumentaba sin cesar. Levantome al punto y comenzé á discutir sobre varias nimiedades, en un diapason muy alto y gesticulando vivamente, más el ruido arreciaba. Y ¿Por qué no querían irse aquellos hombres? Aparentando que me exasperaban sus observaciones, di varias vueltas de un lado á otro de la habitación; más el rumor iba en aumento. ¡Dios mio; Que podré hacer.

La cólera me cegaba; comencé á renegar; agite la silla donde me había sentado haciendole rechinar sobre el suelo, pero, el ruido dominaba siempre de una manera muy marcada..... y los oficiales seguían hablando, bromeaban y sonreían. ¿Sería imposible que no oyecen ¡Dios todopoderoso!—¡no;—¡no; loían ¡sospechaban lo sabian todo! divertíanse con mi espanto! Lo creí y lo creo aún. Cualquiera cosa era preferible á semejante burla; no podia soportar más tiempo aquellas hipócritas sonrisas, comprendí que era preciso gritar ó morir¡ Y cada vez mas alto! ¿lo oís? cada vez más alto!

Miserables,—exclamé— no disimuléis mas tiempo; confieso el crimen: arrancad esas tablas, ah: está, ahí está¡ ¡ese latido es el latido de su espantoso corazon.

Edgardo Allan Poe.

EL NIÑO SOLO

Como escuchase un llanto, me paré en el repecho
y me acerqué a la puerta del rancho del camino.
Un niño de ojos dulces me miró desde el lecho
¡y una ternura inmensa me embriagó como un vino!

La madre se tardó curvada en el barbecho;
el niño al despertar tanteó el pezón de rosa
y rompió en llanto... Yo lo estreché contra el pecho
y una canción de cuna me subió temblorosa....

Por la ventana abierta, la luna nos miraba.
El niño ya dormía y la canción bañaba
como otro resplandor, mi pecho enriquecido.....

Y cuando la mujer, trémula, abrió la puerta,
me vería en el rostro tanta ventura cierta
¡que me dejó el infante en los brazos dormido!

GABRIELA MISTRAL

GESTA 40 H. P.

Para Isaac J. Barrera.

Las campanas anuncian
EL TRIBUNAL D'ASSISES
en los gorros
de las
Catedrales
Pasan los balcones imanados
llevando en un globo
PARAGUAS CHINOS
TRIFOLIUM PRATENSE
como
en
VENUS
EL ANFITEATRO FLAVIANO
nada en la heladez
de una luna
ROMA RESURGEN
oxidada
LEO DELIBES
Jefe de la Aeronaútica Musical
escribe en las antenas
su KEKTAH
la noche
en un OLDSMOBILE
pasa por la VIA LACTEA
dejando papeles
de la
GENERAL MOTORS EXPORT COMPANY
La lente fotográfica
permuta
EMBAJADA DE LANGOSTAS
adoran los nuevos santos
de cabezas
amarillas
Sobre las líneas
de los carros
nuevos sellos de correo
Los corazones de cal
en un fumadero
gravitan en oxilación
CAFETOMETROS con prgantes
La risa
en expirales
semeja
ÑAG NATHA KRISHNA
Jardines sobre palisadas
forman las constelaciones
de cielos duplicados
EL PALACIO DE MURCIELAGOS
Telepatía de ojos
exportados a
NEW YORK
Mujeres calígrafas
en los tambores diagonales
de la PRIMAVERA
CIRUS
Brochazos de aire
Termómetros
como el ALFA de lo cubo
HELICES
La visión marina
viaja en el ARCO IRIS
EL PACKARD TWIN SIX 3—35
en 14° de Abono
Narices naúticas
estornudan un letrero
WEST INDIA MAIL
ROYAL NETHERLANDS
$ 100.000.000

HUGO MAYO
1921.

LOS CELOS

Lector: muchas veces te habrán preguntado tu opinión sobre los celos, y habrás respondido una barbaridad o una justeza. De todas suertes has dicho siempre una idea razonable. Los celos no pueden explicarse en una expresión universal. El otro día leí algo acerca de este tema complejo, pero era su autor un sajón, y estos señores tienen un modo particular de ver y juzgar estas cosas del instinto; habla sólo de las consecuencias desagradables que estos aportan, las injusticias y errores que se cometen por esta pasión. Más nada nos podrá decir de la manera efectiva de atajar el mal. La tolerancia, la reflexión, son medios inútiles; el celoso tolerante y reflexivo es mil veces más desgraciado que el violento y colérico. La humanidad podrá curarse de vicios y de virtudes, pero de celos, nunca. Es cuestión de raza, de instinto; como hay una raza caballar que corre más que la otra, como hay una raza de perros, etc., etc. No por eso los otros caballos, ni los otros perros, dejan de correr ni tener olfato.

Todo ser humano de sangre caliente es celoso; ignoro si los batracios de sangre fría, las ranas, los sapos, los tontos y los cínicos, quizá no lo sean. Los celos son el soporte de esa deliciosa regla de tres que se llama matrimonio; la mujer, el marido y el cariño. Los celos, el egoísmo, si se quiere llamar, son los centinelas de esta dicha; élla con su amor y él con el suyo. Debemos convencernos que a pesar de todas las religiones y de todas las doctrinas socialistas, somos y seremos los eternos solitarios del mundo. Los roces y acercamientos, sólo heridas nos darán. La felicidad, el reposo, constituyen algo muy íntimo; así Dios santificó el deleite supremo entre **dos no más**. El corazón por más que digan todos los profesores petulantes y amorales de la tierra no se dilata sino en uno: el solo amado. Ser un Otelo es deplorable, pero ser un **Monsieur Bovary** es ridículo, se puede resignar uno a manchar se de sangre las manos, porque hay algo que está muy por encima de nuestra conciencia: el honor. ¿Y el honor es matar a una pobre mujer indefensa? No debe ser así; sin embargo, ese pobre diablo de Otelo lo creyó de esta manera. El **señor Bovary** no ahogó por esta suspicacia, y ya podremos ver cómo ambos sujetos pasaron a la historia, el úno prototipo de la violencia, y el otro....

Los celos de las mujeres son infinitamente más dignos. Ellas celan por la integridad moral de su cariño. Sólo penan de pensar en el sentimiento de su amado. Al hombre le sobrecogen temores más rastreros, como la idea del rival, del enemigo que posee armas iguales que las de él. En ellos habla más alto el instinto bestial que los obliga a ser celosos, que la voz del alma que les dice ser reflexivos.

En España, un aplaudido novelista, Alberto Insúa, nos muestra un caso excepcional en esa tierra de fuego; es un proyecto de hombre fuerte, muy Siglo XX, un espécimen algo fatalista que se entretiene en jugar con las viejas preocupaciones del corazón. Veamos la preciosa novela. Un admirable sujeto, un escritor filósofo se enamora de una chica adorable a la cual dobla la edad. Dicha jovencita acepta este cariño y se casan. Las condiciones de élla son admirables, es tan bella como buena, inteligente y muy rica; tuvo razón al apodarla: **Maravilla**. Eran muy felices. Así pasaron uno y más años. El marido tenía un hermano menor. Un zagalón de treinta años, tronera y trivial que por engañar mujeres se encontraba sin un céntimo, enfermo y abandonado en Sur América. Un día llegó una carta de él: pedía dinero y apoyo. El hermano accedió en enviarle dinero y le invitó a su casa, primera tontería del filósofo. El hermano Juan vino de lejanas tierras con el cuerpo enfermo y el alma dolorida. Maravilla es para el cuñado una hermanita abnegada. A fuerza de cuidados logra reponer aquel pringajo humano. Viene la dulce convalecencia a orillas del mar. El marido les ve siempre juntos pasear por la solana. Y un día observa que en las mejillas del hermano florecen de nuevo los colores, que en sus ojos chispean unos rayitos de juventud, que en sus labios cabriolan deseos de besos; y ve también en élla una complacencia infinita. Celos,—no señor,—no siente celos, sino tristeza de no ser bello ni joven como el hermano, y lo más hermoso es que compadece a su mujer! ¡Pobre Maravilla mía! ¡Pobre amor! Si en mi mano estuviese Juan sería de élla y élla sería de Juan. Esto será muy elegante, pero en el fondo es una bellaquería, es un refinamiento cínico. Desgraciadamente, Maravilla es honrada y nunca caerá a la fascinación del cuñado, y éste que adora al hermano, ni se fija en los destrozos que con su simpatía ha causado. Lejos de esto, busca novia, se casa y se formaliza. re en su austeridad y el marido si no fué herido en su honor, lo fué rudamente castigado en su amor. Esa paz perturbada indiscretamente por un tercero, por el enemigo que siempre es el elemento extraño al amor, es obra particular de su imprudencia. Dios manda a vivir cada cual su vida, a compartir su pan, pero no su techo. Este buen señor filósofo ha pedido darle al hermano pródigo la mitad de su hacienda y tener cerradas las puertas de su hogar al hermano calavera, porque es sabido prácticamente que para toda mujer un tronera será siempre un sujeto encantador.

Tony MANRIQUE.

VISITA PRESIDENCIAL

Para HUGO M...

El cura con su hisopo
marca a una mula chúcara.
Una hormiga macho
se baña en serrín
de madera.

No hay nubes en el cielo.
Raid
Guayaquil — — — — — — — — — — — — Quito
se congela.
El astro ríe australmente
sin sindéresis.

CABALLOS, BURROS ! ! !
. . . . . REVOLUCIONES ! ! !
pregona un panadero.

Se cae una silleta,
se marchita una flor:
Emulsión de Scott
y Dinamita.
PIF PAF.

21 cañonazos con pólvora
sin humo.
CALLAO BOCA.

Un metro treintitres centímetros
treinticuatro
treinticinco
treintiseis.

Perico DICIEMBRE

Del libro Pasadomanista PANTUFLITIS, en preparación

ARTE POETICA

"Así hablaba Zarathustra".
Nietzsche

Como la **ROSA** de los Vientos, sea tu MUSA,
voltaica, dinámica, ultra-cósmica,
atenta al alisio del NORTE
como al viento venido del AUSTRO,
cuya brújula mire hacia un polo
ó el otro,
más allá de los límites cardinales,
de las latitudes remotas,
de los meridianos terrestres
y de los equinoxios.....

Y Tú, **POETA**, sé la ANTENA
que recoja la vibración del COSMOS,
especular y poli-fonico,
como el órgano de una Catedral;
y canta todo lo que veas
sobe la TIERRA, digno y loable,
de acuerdo con una Estética graciosa:
lo mismo el Vaticano de Roma
que un eclipse total de Luna,
pasando por la Venus Negra
y la hotentote rubia...!
Y sé, también, un poco enciclopédico
y otro poco cosmopolita
para hablar el universal lenguaje
con todas las sirenas del MUNDO,
y olvídate de la Retórica,
de la Academia y la **Señora Polilla**,
porque ya no hay gramáticos en el Orbe
y los últimos románticos
murieron en Flandes o las Argonas,
o en otro cualquier lugar de Europa,
luchando por esto o aquello
para que triunfe el **DOLLAR!!!**
Así, pues, arroja tus dados al aire
poeta **dadaista**,
sin que te importe el prójimo una higa,
pues asistes a tu propio espectáculo
sin cobrar tarifa
y que rujan los Zoilos y Sanchos,
los "estupendos críticos"
que te miran con ojos oblicuos,
y por toda respuesta, regálales
de vez en cuando
como miel hiblea
o una esencia, sutil por gotas,
la palabra eficaz y oportuna,
talismánica y heroica
de Cambronne...

Victorio ARRIA